

MI HISTORIAL DE LAS VIOLETAS

Jorge Arbeleche

Hasta fines de 1960 y tantos, no conocía a Marosa di Giorgio. Había escuchado alguna vez su nombre –ella se firmaba entonces con sus dos apellidos, pues adicionaba el de su madre Clementina Médicis. Quedaba entonces un nombre relumbrante, con algo de estirpe renacentista y florentina. Todo empezó por su nombre. Me fascinó esa firma, aunque aún no había visto nunca su letra manuscrita. También me resultaba a la vez atractivo y enigmático su nombre de pila: Marosa. ¿Qué era? Acaso un apócope de María y de Rosa. Podría serlo, como efectivamente lo era. Sin embargo ella se identificaba así, como firmaba sus libros.

Cuando se comenzó la tarea de la elaboración del *Diccionario de Literatura Uruguaya*, Ángel Rama, que era el editor de esa magnífica empresa en su primera etapa, me encomendó la elaboración de la ficha de Marosa, pues yo era, a la sazón, su alumno en Facultad de Humanidades en Literatura Hispanoamericana y él había sido el año anterior mi profesor de Práctica Docente en Didáctica del Instituto Artigas.

La redacción de esa ficha significó para mí no solo una tarea parangonable al pedido del ensayo más exigente, sino que significó todo un descubrimiento. El primer libro que leí de ella fue *Historial de las violetas*. Nunca había leído nada semejante. No se parecía a nadie y el libro con su literatura parecían no tener antecedentes. A veces, a lo sumo, una aproximación a Emily Dickinson, alguna ráfaga de Lautréamont, una atmósfera parienta de la de Concepción Silva Bélinzon, pero con un rasgo de genialidad que la diferenciaba del todo de la uruguaya.

En Concepción, en muchos de sus versos, la verosimilitud del poema y su inteligibilidad son sacrificados en aras de la métrica y la rima, lo que nunca sucede en la escritura *marosiana*. Siempre aparece en ella un hilo de racionalidad, existe una lógica interna que no se evapora nunca, siempre que se haya franqueado sin prejuicios ni ataduras, el umbral de un mundo que, si bien se parece al real y tiene todos sus elementos, está ubicado en otra dimensión del ser. No me atrevo a decir si ese universo nuevo tiene raíces inconscientes

o mejor dicho, subconscientes, o se proyecta hacia cimas espirituales u honduras metafísicas.

Si pudiera ubicarla plásticamente la delinearía dentro de un cuadro de De Chirico, o de Dalí, si bien en sus últimas obras, por momentos se nos aparece como una habitante del mundo asfixiante de las pinturas negras de Goya, portando victoriosa el desgarrado pabellón de la blasfemia, aun sin perder jamás su filiación católica.

Era extravagante pero no rara. Con el tiempo llegamos a cultivar una hermosa amistad, donde de cuando en cuando, asomaba, pudorosa, alguna confidencia, prudente, recatada, discreta. Conocí también su perfil familiar, muy acentuado. Ella me pedía libros de texto en préstamo, cuando su sobrina Jazmín Lacoste di Giorgio cursaba sus estudios secundarios con una devoción casi maternal. Otra vez, en la fiesta que se celebraba cuando el casamiento de Jazmín —ya la señorita había sustituido a la adolescente liceal— en medio de un tango que bailábamos ella y yo, me dice por lo bajo: “sacá a bailar a mi prima, que está planchando”. Sentí en esos momentos que había entre nosotros una confianza y un nivel de amistad de muy alto grado. Fuimos amigos. Primero la admiré, de allí pasé a la amistad casi diría profesional y luego a ese lazo tan fuerte que sigue hoy, a diez años de su partida, por el afecto y respeto mutuo que sentimos entre su hermana Nidia, su sobrina y yo.

La poesía de Marosa puede tener un comienzo pero no final. Una vez que uno se sumerge en ella es inevitable caer en una suerte de embriaguez de la que es muy difícil salir.

Ha habido lectores distraídos que han dicho que su obra es siempre idéntica a sí mismo. Si se la lee con atención y desprejuicio nos encontramos ante una poesía que se interna en lo visionario, pero no por el hecho de contar que “se casa la hija del diablo”, sino por el tratamiento singular que hace del tiempo. Se opone a Heráclito, nada fluye, todo parece estático, fijo. Es el tiempo de la eternidad, del infinito. Y sin embargo todo late y vibra.

Si era extravagante su indumentaria y su figura, pienso que detrás de esa máscara había un ser enigmático, que se miraba cara a cara en el espejo con el Misterio. No era extraña en su relación de amistad y confianza. Cuando Ángel Rama la calificó de “rara” y la ubicó en esa categoría, creo que de algún modo, se salió por la tangente porque es demasiado vago el término de “raro”, encorseta a una poeta que hace gala de la más absoluta libertad y transgresión. Su poesía varía como se amplían los círculos concéntricos. En un

mismo mar los círculos parecen iguales, pero en cada una hay una mayor profundización, la hondura se forma más insondable y a la vez más ominosa.

En sus primeros libros el aire era más respirable, transparente, límpido, poseído por el juego, el mimo de animales, de plantas y de flores. En sus últimos textos se instala el hábito de la blasfemia y se vuelve cruel con ella misma. Irrumpe una sexualidad feroz y despiadada con el propio yo lírico.

Marosa se destaca entre todas las poetas nacionales, las que la anteceden y las que la sucedieron. Posee de Delmira el aliento trágico pero su erotismo, aunque desgarrado, apunta hacia una metafísica diferente; Agustini busca un “imposible”, Marosa anhela al Tigre o al Puma pero éste es solo un eslabón en la cadena del Enigma. Con Juana poco o nada tiene que ver, porque aunque a veces los objetos, utensilios, animales o plantas, que ambas nombran, la proyección de los mismos apuntan en distintas direcciones. La naturaleza de la Juana inicial es amigable, la de su vejez le es ajena y hostil. Así dice en “Elegía”: “se va la luz / y ni la sombra es mía”.

Con Idea tampoco hay parentesco. El de Vilariño es su eros humano pero vacío, defraudado con profunda amargura. El de di Giorgio en cambio puede dialogar tanto con Dios o con el Diablo.

Si en un comienzo, le costó a Marosa ser aceptada por el canon impuesto por los abanderados del '45, en cambio los jóvenes de entonces (Albistur, Penco, Echevarren, yo) y los de ahora (Benítez, Garet) han (hemos) podido leerla y deslumbrarnos en toda la dimensión de su grandeza.